

PHILIPPE JOSSERAND, *JACQUES DE MOLAY. LE DERNIER GRAND-MAÎTRE DES TEMPLIERS*, PARIS, LES BELLES LETTRES, 2019, 420 PÁGS. ISBN: 978-2-251-44977-7.

CARLOS DE AYALA MARTÍNEZ  
Universidad Autónoma de Madrid

Decía Jacques Le Goff, y sin duda sabía mucho de ello, que “la biographie historique est une des plus difficiles façons de faire de l’histoire”. Hoy somos pocos los historiadores que nos atrevemos a cuestionar esta afirmación, y por eso somos también pocos los que nos decidimos a acometer una obra histórica de carácter biográfico. Philippe Josserand lo ha hecho, y al acierto de esta arriesgada elección, se une un resultado sencillamente espléndido. El primer gran valor de este importante trabajo es la organización de su contenido en tres secciones, cuyo orden constituye un desafío a cualquier tratamiento convencional de una biografía.

Una primera parte de la obra es dedicada a la imagen proyectada por Jacques de Molay a raíz de su muerte. Los ecos de una vida ocupan normalmente la parte final, conclusiva y, a veces, fuera ya de la lógica argumental de una biografía. En este caso, de manera llamativa, el autor ha optado por descubrirnos, antes que cualquier otra realidad del personaje, esas imágenes. Y ello constituye, a mi juicio, un notable acierto básicamente por dos motivos. El primero tiene que ver con la razón misma del oficio de historiador. Se repite hasta la saciedad que la justificación social de la historia es explicar el origen de la realidad que nos rodea. Y si hay algo a nivel popular que está vivo entre nosotros es el Temple, y lo está gracias a un proceso judicial que acabó con la orden de llevar a la hoguera a Jacques de Molay, “l’une des rares figures du Moyen Âge –dice el autor– dont beaucoup de gens connaissent le nom”. La segunda razón es puramente metodológica. Si Jacques de Molay y la orden del Temple son tan populares, y lo son con independencia del papel histórico que realmente desempeñaron, es preciso conocer la causa de esa popularidad, y esto es algo que, al margen de la reconstrucción de sus realidades, se ha generado modernamente. Comenzar por su análisis permite detectar todo un cúmulo de datos y precepciones legendarias, cuando no míticas, que debidamente detectadas, nos facilita acercarnos después al tiempo de Jacques de Molay y a su trayectoria personal, y hacerlo liberados de una extraordinaria cantidad de prejuicios que sin duda pueden contaminar la labor del historiador.

Pues bien, Philippe Josserand construye ese análisis previo –creo que una aportación sustancial de esta obra- sobre la base de dos argumentos. El primero de ellos es el de los límites de la propaganda capeta, responsable de la mala imagen del maestre. En efecto esa propaganda apenas superó las fronteras de Francia y, en cualquier caso, no resistió al espíritu crítico del humanismo atizado por el protestantismo, hasta que la Revolución Francesa convirtió a Jacques de Molay en símbolo de la libertad frente a la tiranía de los reyes y la autocracia de los papas. Personalmente me gustaría destacar el interés que me ha suscitado el eco generado en España por los templarios y su maestre a raíz del Renacimiento y del Siglo de Oro.

El segundo argumento es el del maridaje entre imagen templaria y francmasonería, responsable de su decisiva afloración a mediados del siglo XVIII. Pienso que el documentadísimo análisis de este argumento aporta claves hasta ahora desconocidas, y ayudan a explicar cómo el posterior desarrollo pictórico y teatral de “lo templario”, desde 1800, da lugar a la creación de la moderna orden del Temple por parte de Fabrè-Palabrat. Desde luego, me parece especialmente pertinente la relación que el propio autor establece entre la labor del egiptólogo Jan Assmann al intentar explicar la “reinvención” moderna del Egipto faraónico, con el problema del Temple y la masonería. Creo que Philippe Josserand lo ha conseguido plenamente.

Con la segunda parte de la obra se inicia el análisis de la figura del gran maestre. Todo un reto, considerando la relativamente escasa documentación de que disponemos: unas 30 cartas, dos memorias –una acerca de la cruzada y otra sobre la unión de las órdenes militares-, y cinco declaraciones en el proceso. El primer comentario que cabe hacer es el del uso realizado por el autor de este material que, salvo excepciones provenientes de recientes hallazgos documentales, en parte atribuibles a la incansable labor archivística del autor, es mayoritariamente conocido. Pero conocido no quiere decir adecuadamente aprovechado. Philippe Josserand, a través de esta obra, nos da una lección práctica acerca de la más que necesaria relectura de la documentación, y de cómo el historiador, que debe siempre estar animado por el espíritu crítico, no puede conformarse sin más con el legado historiográfico recibido. Y esa lección ha dado su fruto. Hoy sabemos bastante más sobre Jacques de Molay de lo que sabíamos hace solo unos años, cuando el otro gran especialista en su figura, Alain Demurger, inició el ingrato pero imprescindible camino de la reinterpretación “contra corriente”, que ahora Philippe Josserand ha coronado con éxito.

Incluso el oscuro período de Jacques de Molay anterior a su elección como maestre en 1292, se ha poblado de indicios más que razonables acerca de sus ascendientes, las circunstancias de su ingreso en la orden, su presencia en Tierra Santa y sus diferencias –quizá exageradas por la historiografía- con el maestre Guillaume Beaujeu. Una cuestión particularmente interesante, y muy bien iluminada por el relato del autor, es el del contexto explicativo de la elección de Jacques de Molay como gran maestre. Para Philippe Josserand, y creo que es algo plenamente asumible, esa elección no es el fruto de la caída de Acre, ni de la necesidad de cubrir vacantes en un período de intensa crisis. Esta generalizada percepción es contra-argumentada con consistencia

por Josserand para quien Jacques de Molay, un hombre de peso en el capítulo, había concebido ya antes de su elección un proyecto de reforma para la orden que, sin duda, le catapultó hacia su más alta dignidad, sin necesidad de haber disfrutado previamente de ninguna encomienda u oficio reglado.

El autor nos ofrece una renovada imagen del nuevo maestre, volcado en la reforma de su orden y en su adecuación a las necesidades derivadas de la recuperación de Tierra Santa. Tras su elección, sus dos viajes a Occidente –uno de ellos, el primero, documentado ahora por vez primera por el autor- nos descubren un tenaz negociador, probablemente más hábil de lo que se ha supuesto, y también quizá más influyente en el tablero político del momento de lo que imaginábamos. Sus privilegiadas relaciones con Carlos II de Anjou y con el papa Bonifacio VIII ilustran bien esta renovada imagen del maestre. Y, aunque no se ha entendido adecuadamente, su tenaz presencia en la isla de Rouad era un eslabón importante en su ofensiva cruzada y no, como a veces se ha indicado, la ilusoria base para un supuesto Estado al estilo de Rodas o Prusia.

Finalmente, y en esto también Philippe Josserand, intenta –y personalmente creo que consigue- presentar una imagen poco común del maestre ante el brutal proceso al que fue sometido él y su orden. Lejos de claudicar o de mostrarse errático, Jacques de Molay no cejó nunca de defenderse y defender la orden frente a un ataque que trascendía su propia capacidad de maniobra y que hay que entender en el marco de una lucha política entre el rey de Francia y el papa en la que el primero, con más fuerza y capacidad de presión, buscaba usurpar las funciones del segundo. En lo que se refiere a este punto, resulta realmente sorprendente que el autor sea capaz de transmitir algo tan difícil como la evolución psicológica del maestre en el proceso de su condena.

La tercera y última parte de la obra aborda la huella dejada por el maestre, sus realizaciones y sus proyectos tempranamente interrumpidos. Aunque siempre me ha sorprendido la obediente disciplina de no pocos académicos franceses a someter sus desarrollos investigadores a la estructura trinitaria, confieso que en este caso resulta absolutamente pertinente. Este campo, el de la obra del maestre, está especialmente lastrado por el prejuicio historiográfico, un prejuicio que hunde sus raíces en los días de Michelet pero que no deja de manifestarse en autores contemporáneos tan competentes como Luttrell o Claverie. Philippe Josserand, y ese es uno de sus méritos más admirables, no duda en arrostrar la “defensa de una causa perdida”. No es la única vez que lo hace, y con ello no busca el recurso apologético propio de la hagiografía, sino el necesario reequilibrio de posiciones históricas lastradas por aquel prejuicio. Y, una vez más, creo que lo consigue.

En efecto, el profesor Josserand parte de la base de que “Jérusalem et la croisade étaient essentielles dans la vision du monde du grand-maître”, y toda su actuación al frente de la orden viene determinada por esta premisa, en especial su decidida voluntad de “reconquistar” Tierra Santa sin despreciar el posible apoyo del sultán mongol Ghāzān del Il-khanato persa. La redacción de sus informes –en opinión del autor mucho más inteligentes de lo que a menudo se ha estimado- iban destinados al objetivo de la recu-

peración, y a él también dirigió sus esfuerzos para preservar el sistema de *responsiones*, reforzar la cohesión de la estructura patrimonial de la orden y su organización jerárquica o activar una diplomacia adecuada que garantizara independencia y apoyos.

Un aspecto realmente interesante de esta tercera parte de la obra es la relación que se establece entre el potencial personal del maestro –actitudes y aptitudes y también su caracterización psicológica y cultural- con sus logros, tanto aquellos que se pudieron traducir en iniciativas concretas como aquellos otros que no tuvieron desarrollo a consecuencia del inicio del proceso. Es en este campo en el que el profesor Josserand debe bregar, más que en otros, por desactivar imágenes generadas por el prejuicio y también por la acrítica inercia del peso de la historiografía, imágenes que convierten a Jacques Molay en un hombre autocrático más que autoritario y profundamente nepotista, un hombre torpe e iletrado, e incluso, como quería su detractor *El Templario de Tiro*, avaro y colérico.

Frente a este retrato, el profesor Josserand nos muestra una realidad atemperada por el análisis comparativo y la valoración de contextos, y esa realidad es la de un hombre consciente de sus responsabilidades y que las ejercía “con mano dura” y a veces con intransigencia, pero no arbitrariamente; un hombre que sin duda acudió a familiares como herramienta de control institucional, tal y como hicieron todos sus contemporáneos; un hombre que se mostró sagaz negociador y moralmente recto, hasta el punto, en palabras del autor, de que “c’est en pleine conscience qu’il accepté le bûcher pour préserver dans l’avenir la mémoire du Temple”; un hombre que no era ni mucho menos inculto, y que mostró una solidaria preocupación por quienes se hallaban bajo su responsabilidad, y un hombre, en definitiva, que no fue más refractario ante las novedades, que lo fue la mayoría de sus contemporáneos.

A partir de todo ello, cualquier imagen teleológica que pretenda presentar al maestro como el fiel reflejo de una orden obsoleta y corrompida, incapaz de reaccionar ante la debacle de Acre y la ulterior acometida del gobierno de Felipe IV, no es más que la reiterada manifestación del prejuicio historiográfico, ajeno a una labor crítica y de seria fundamentación de las fuentes.

Y es este último aspecto, a mi modo de ver, el gran mérito que refleja la biografía de Philippe Josserand sobre Jacques de Molay: una revisión casi detectivesca de la bibliografía y de la documentación, posible gracias al control de varias lenguas y gracias, sobre todo, a una disciplina investigadora, tenaz e inteligente que no deja espacio a la improvisación. Todo ello, unido a una magistral y literaria manera de comunicar, queda bien plasmado en los útiles anexos –documental y fotográfico, e incluso un glosario de términos- con los que el autor nos facilita extraordinariamente la lectura de su magnífica obra.